

charla del Licenciado, que no le dejaba hueco para meter un poco de conversación en aquellas horas de camino al través de dilatados llanos y monótonos y calcinados médanos. . . .

Y en punto de las cuatro, dominando el quiquiriquí de los gallos madrugadores, se escuchó el agudo pitazo de «El Tenoya» que silbaba:

¡Píiii! . . . ¡Píiii! . . . ¡Píiii! . . .

... la aventura en que lo mató el Licen-
... para luego acostarse con pocas
... de coger el sueño tan pronto
... almohada y la
... pero el sueño no se
... la cama resaltaba
... para contener su persona por
... tanto agitarse y removerse, arrajado
... los micheos y revuellos pensamen-
... en la cabeza; sobre
... se durmió soñando con el
... con la sempiterna

XXV

EL Licenciado no pegó los ojos en toda la noche; su temperamento nervioso lo traía inquieto desde que se acercaron las horas de la salida.

A grandes zancadas paseaba de un lado para el otro entre las reducidas paredes del cuartucho en que se alojaba; entonces del desatar de su imaginación para dispararla por un despeñadero de ideas, proyectos y aventuras de lo más novelesco y dramático que pueda concebir un autor de fuste.

«La herencia! . . . ¡Bah, será la del humo para ese zorro de Sátrapa! . . . No confío mucho en las aptitudes de «Pájaro» . . . pero, ¡qué demonio! allí estaré yo á su lado para servirle de traspunte

é indicarle á tiempo las entradas y salidas. . . ¡No se ganó Zamora en una hora! . . . Todo ha de venir por sus pasos contados. . . y nada de precipitarse. . . porque sería echar á pique lo que debe salir á flote por su propio peso. . . La supuesta locura de Illescas. . . (porque ni padres descalzos me quitan de la cabeza que en eso de la demencia hay gatuperio). . . no es un contratiempo. . . será á todo tirar un incidente judicial. . . si quiere algún leguleyo de por allá. . . ¡pero para algo más han de servir las consultas de facultativos que para cobrar elevados honorarios médicos! . . . y una consulta en toda forma salva la situación. . . ¡Y al que le duele, le duele!

¿Y si ese viejo, desmemoriado por tan larga abstinencia y tan prolongadas vigili-
as, no reconoce á «Pájaro»? . . .

¡No hay que alarmarse, no hay que alarmarse, Sánchez Sanchete, que la cosa no es para tanto! . . . Recuerda que al viejo no se le cae de la boca la palabra

«hijo» y que en la memoria la tiene grabada á fuego. . . ese es su tema y por el tema llegaré á una solución. . .»

Aquí hacía una ligera parada; tomaba de la mesa una cajetilla de cigarros; encendía un pitillo en la flama temblona de la vela; le daba unas chupadas y proseguía sus paseos, espantándose con una toalla los mosquitos que acibillábanle con sus fieras punturas.

Del cura no saqué nada en limpio. . . «hijo de padre desconocido» . . . y con esto no se hace nada en buena ley, ni se va á ninguna parte. . . ¿Testigos? . . . Podrían comprarse, que para el caso los habría á montones. . . pero es cuestión de llevar mucha gente á Villa de las Granadas. . . y la verdad. . . el éxito de este asunto es dudoso. . . aunque yo me afane en que sea lo contrario. . . El golpe estará en limpiar el juzgado de una escobada. . . ¡que salgan rabo entre piernas el Juez y el Secretario! . . . Yo me encargaré de poner un personal de mi

agrado y á gusto de parte... ¡Y entonces la cosa marcha!... ¿Pero no estoy yo anticipando acontecimientos y arreglando el mundo antes que se desquicie?... Calma, calma, que hay que proceder con cautela y de conformidad con las circunstancias!...»

De un soplido apagó el Licenciado la luz, para evitarse los mosquitos que ya se lo comían; se echó en la cama sin desnudarse, á modo de estar expedito y dispuesto al primer anuncio de salida del «Tenoya,» y mandó con supremo esfuerzo de voluntad á enhoramala todo aquel enjambre de pensamientos que le bullían en la cabeza como olla de grillos; pero no contaba el buen Saichete con que los tales pensamientos eran pertinaces, y no luego fueron ahuyentados, como volvieron presto y en tropel y con mayor tenacidad á aposentarse en su cerebro. Comenzó por despuntar una idea; en seguida aparecía otra; á ésta sucedieronse tantas y tantas, que insomne y mal

humorado dió un brinco de la cama, encendió un fósforo y con la luz en la mesa, tornando á sus cortos y agitados paseos para devanear quimeras, inventar maquinaciones y quedarse entre duermes y vela.

«En buena me he metido!... Y ya es cuestión de honra; sí, de honra... y de aflojar el bolsillo... Porque llevo gastados algunos pesos en el endiablado negocio... ¡todo por querer atar y desatar en este enredo!

¿Y si se gana el pleito?

Entonces sí que todo se volverá echar las campanas á vuelo... y soltar la lengua... y darse pisto... y hacer del caritativo... y dársela de humanitario... y tener dinero á rodo... y sacar la sartina de las brasas con mano ajena y...

«Pero... pero qué diablos de mosquitos!... ¡Me chupan la sangre como vamb... vampiros!...» —exclamó Saichete cortando de momento el hilo

Y mientras iba desahuciándose en

de sus meditaciones, para proseguirlas un instante.

—¡Trinará Sátropa de rabia; se descoscarrá «Pajarito» del gustazo y yo me relameré de lo mismo... El papá quedará en su casa, el hijo se volverá á la suya y Cristo velará por la de todos!...»

Estaba con estas invenciones, fantaseando á su antojo mil combinados artificios, cuando dieron dos aldabonazos en la puerta, entre los cuales se oyó una voz aguardentosa que gritaba: «¡Arriba Licenciáo, que ya é hora!»

—¡Caspitina!... ¡No he dormido en toda la noche!... Llegó la hora del... del... del embarque y el estómago me tira... tira... tira que es una barbaridad... To... to... todo está aquí obscuro!... ni mo... mo... modo de beber algo!... Y co... co... como no tuve la precaución de avisar á doña Paulita que... que... que aquí me desayunaría...»

Y mientras iba deshaciéndose en la

mentaciones por lo vacío de su estómago, le daba la última mano al equipaje; abrió la puerta que caía á la calle; entró el mozárron contratado para que le llamara y llevara la petaca al muelle; cargó el tal con ella, doblándosele las espaldas por el peso, y caminó seguido del Licenciado que no andaba dos pasos sin quejarse de estar en ayunas y con una desvelada encima.

—«Hay tiempo de tomar algo en «El Alba»... ¡Son apenita la cuatro!»—dijo el cargador con gran consuelo del Licenciado.

—«¿A dónde queda aquí el alba, al oriente ó al ocaso?»—preguntó Sánchez Sanchete para hacer gala de agudo.

—¡Aquí alante!—contestó el de cordel, sin darle ninguna importancia á lo que para el Licenciado resultaba una agudeza del más subido y peregrino ingenio.

—«*En avant!*»... Dijo Sanchete charreando francés para darle variedad á su parlería interminable.

Y después que dejaron la petaca á bordo del «Tenoya,» enderezaron pies para el café de «El Alba,» poblado á esa hora de gente madrugona que se metía debajo de las narices, muy de mañana, el primer desayuno, á pulso firme y con sombrero echado.

Sánchez Sanchete se sentó en una de las pocas mesas desocupadas; pidió chocolate, un vaso de leche cruda y abundante pan; al muchacho que le llevó el equipaje, le pagó el mandado y le invitó á que tomara alguna cosa; el cargador no se hizo del rogar, y pidió «una naranja dulce*» que bebió con sed en dos largos y saboreados tragos...

El chocolate estaba que ardía; el Licenciado lo embrocó en el plato para que se deshajara, y sacó de su cartera un billete que dió al cargador, diciéndole:

—¡Ahora toma para que compres dos pasajes hasta Alvarado!... ¡Es un billete de á cinco pesos!... ¡Pi... pi... de la vuelta!

—¡Ejtá bien, mi jefe!

Afuera hormigueaba la gente que iba al mercado; uno que otro farol, con parpadeo rojizo y opaco, se veía languidecer en cada esquina por lo avanzado de la hora.

Por caer aquel día en domingo, las mujeres salidas de misa de cuatro, iban de un lado para otro, tapujadas y parladeras, haciendo la compra diaria; á distancia se escuchaba el retumbo de los remos de los pescadores que venían con su pesca á tenderla al raso en gruesos petates, ó el golpe seco y acompasado sobre el duro tajo de la carnicería, ó el tintineo de las balanzas que se enfielaban, y por todas partes el murmullo del gentío que regateaba en la compra y de los zarracatines que se mantenían firmes en sus precios; á la entrada, los panaderos, alineados, con sus cajones sostenidos por pies de tijeras, que eran una sucesión de equis, vendían el pan calien-

tito, mantecoso y oliente; después se extendían los largos y sucios galerones* con hortalizas, frutas y semillas; en ellos, la fresca lechuga, el rubicundo rábano, la blanda zanahoria, el rojo betabel, el tierno pepino y el maduro nabo; los hacecillos de habichuelas, el montoncito simétrico de chiles y tomates, el morado cebollín y la blanca cebolla; los frescos huevos y los esponjados repollos; en el suelo, los rojos camarones de olor mordicante y largas barbillas azafranas; los palpitantes róbalos de plateadas escamas y agallas sanguinolentas; los galápagos y las tortugas, así pintas como blancas, caparazón boca arriba, contraída la cabeza y colgantes las patas, y, por rematé, la carnicería con los lomos y cuartos ensangrentados pendientes de los mantecosos garfios, y adentro, los carniceros, de faca afilada, á pedazo cortado con una mano y á tanteo de balanza con la otra; y el sonido metálico de los platillos al caer las bastas pesas

de plomo; que la piltrafa para el gato; que el tuétano para la olla; que las tripas para el perro. . . . Una gritería ensordecedora por entre cuyos intervalos penetraba el ajeteo del río, surcado de pequeñas embarcaciones que vienen y de afiladas proas que van; cuando con perotes abollados, porteando la fresca leche; ya con muchachas empapirotadas que acuden del rancho vecino atraídas por el toque campanil que llama á misa de alba. . . .

«¡Camarone frejco! . . .» «¡A la güeva de chucumite! . . .» «¡Aquí se aliña* el pejcáo! . . . ¡barato, muy barato! . . .» y los gritos de los regatones; el ofrecer de los que escaman el pescado; las demandas de los compradores y la charla temprana—interrumpido tan nutrido vocerío por la tosadura constante y el carraspear sucesivo—hacen de la plaza del mercado un conjunto vocinglero de gritos que se confunden y de ruidos que se propagan. . . .

El Licenciado con mucho regodeo bebió el chocolate y comió el pan; limpióse en seguida los bigotes con la pequeña servilleta que tomó del azafate, (en el cual el sirviente trajo el desayuno), y concluyó con el vaso de espesa y acitosa leche; encendió un tuxtleco y se puso á tejer conjeturas por la tardanza del mozo, que ofreció en un salto traer con la vuelta los boletos.

En los oídos del Licenciado se introdujo toda aquella algarabía para ahuyentarle los múltiples pensamientos que, desde la víspera, le roían el cerebro con la pertinencia de una gomia que le comiera los sesos.

Repantigóse en la poltrona; afirmóse los lentes en las narices; cruzó maquinalmente una pierna sobre otra, y así se quedó á esperar el regreso del muchacho que ya le impacientaba.

«¡Una naranja dulce*!»... «¡Un zapote*!»... «¡A mí juerte con yerbagüena*!»...

Y por los gaznates de aquellos bebedores pasaba sin resquemos la primera «mañana» del domingo, que era el día, en el ritual de tales bebedores, de más continuadas y celebradas libaciones.

La figura de Sanchete en aquel cafetín, atestado de labriegos y patanes de pie en el suelo y tosca y sudorosa catadura, parecía extraña; no se compaginaba bien ni con el habla cruda ni con el decir airado de aquella rústica gente; sin embargo, poco ó nada se fijaban las miradas soñolientas de los marchantes del café de «El Alba» en la rumbosa persona del Licenciado; acaso si lo miraban de soslayo y decían para su capote: «¿quién será este tío?» y de allí no pasaría curiosidad tan inocente; por su parte, Sanchete se divertía con el modo peculiar de decir de aquella picotera concurrencia que, entre charla y parlota, metía un subido remoque y un redondo juramento.

Estaba en estos entretenimientos y en

tales reflexiones, que ya le sabían á estudio de observador profundo; cuando se llegó á él, todo hecho un zarandillo, el mozo con el boleto y la vuelta del billete.

«¡Aquí ejtá tóo; tienen mucho tom-piates* pa dejpachar esa gente! . . . »

«Y vámonos diendo que ya é hora!...»

Pagó el Licenciado el gasto; echó una última ojeada sobre aquel conjunto promiscuo de personas que hablaban y discutían acaloradamente para empinar, entre razón y disputa, el codo; y tomó el portante hacia el vapor con grave continente y paso menudo.

Los primeros fulgores del alba barruntaban su claridad, no apagando aún las estrellas que centellaban en el río de tersura rutilante y dilatado curso; á cada paso se veían discurrir grupos de trasnochadores que dejaron el fandango de tarima y jarana, el baile casero de arpa y clarinete, y la juerga de buche y trago.

En «El Tenoya» había poco pasaje; allá en popa, unos bultos envueltos en ceñidos embozos, se preservaban de la humedad del río; tosían á ratos y gargañaban siempre; en proa el timonel, muy cercano á la caldera que arrojaba un vaho caliente y sofocante de fragua; colgada de la toldilla por esta parte, una lamparilla con poca luz, como todos los faroles de estos barcos; por las bandas, unos cargadores embarcaban pesados bultos; de pronto la quietud del aire fué alterada por un pitazo sostenido y potente; el Licenciado tomó un banquito de asiento de alfombra, y se acomodó en él por junto de la banda de estribor; á poco llegaron dos pasajeros, uno en seguida de otro, con sendos puros con más humaredas que la chimenea de «El Tenoya», que en aquellos momentos arrojaba penacho negro y encumbrado por estarse calentando la máquina; Sanchete se removía en su asiento, silbaba para hacer hora; pues se aburría de lo lindo por no

tener á mano interlocutor con quien trabar plática y departir apretado y pa-rejo. . . .

—Y ese «Pájaro» que no llega;—pensó— falta el último aviso para la salida. . . . ¡si á esta hora se habrá arrepentido de hacer el viaje! . . . ¡Es tan irresoluto! . . . ¡Si hará lo que el capitán Araña!»

—¡Píiii! . . . ¡Píiii! . . . Y «El Tenoya» lanzó el último pitío; un fogonero tiznado hasta las cejas embocó su hollinada humanidad por la escotilla de la máquina.

«¡Arría ese cabo de proa!» —chilló el capitán.

Empuñó la rueda el timonel; crugieron los cables de acero del timón, y el ¡fú! . . . ¡fú! del vapor que despedía la caldera por un respiradero, inundaba de humo blanquecino y caliente el muelle.

«¡Eh! . . . ¡Eh! . . . ¡Embárguese por la popa! . . . pronto! . . . ¡que ejtamo dejatracando. . . y hay que largar el cabo!» —gritó una voz ponente.

Y por la popa, haciendo equilibrios y agarrándose de los candeleros, entró un hombre presuroso que estuvo á pique de quedarse en tierra.

«¡Vaya! . . . has . . . has . . . ¡hasta que llegaste! . . . »

Fué el saludo que le dió el Licenciado á «Pájaro» una vez que puso el pie sobre cubierta.

Un campanillazo del capitán anunció al maquinista marcha avante.

«Yo creía—siguió diciendo el Licenciado—que no vendrías. . . ¡En. . . en. . . entonces sí que la hu. . . hu. . . hubieras hecho buena! . . . »

«¡Es verdad! . . . La poca costumbre de viajar trae estos con. . . con. . . contratiempos! . . . »

«Pajarito» no hizo aprecio de las re-eriminaciones de Sanchete; puso á un lado su maletín; sentóse en la banca que rodeaba las bandas con firme propósito de no desplegar los labios.

El vapor, en tanto, viró en redondo;

dando la ciaboga, y caminó á máquina suelta, avisado por los campanillazos de patrón; como estaban corridas las cortinas de las toldillas y aún el día no alumbraba el horizonte, en la penumbra reinante se destacaban bultos, aquí y allá, de personas adormitadas que bostezaban y carraspeaban sin hablar palabra. Esta quietud y este silencio eran desesperantes para el Licenciado, que no podía estar sin hablar un segundo; viendo que por ninguna parte podía encontrar con quien charlar, se puso en pie y fuése en dirección del timonel, quien, á pié firme, tenía la rueda del timón, que de vez en cuando movía, ora para la derecha, ora para la izquierda, guiando el barco entre aquellas tortuosidades del río; todo trepidaba al movimiento de la máquina; el día fué aclarando poco á poco; el muchacho de cámara levantaba todas las cortinas, y el río, bruñido, claro, transparente, dilataba su caudal por el verde lujuriente de ambas orillas

haciendo recodos aquí, formando amplias isletas allá, y dejando en la entrecida superficie una estela blanca de menudas espumas que borbollaban en la hélice, hervían en el aguaje de la popa, y en tumbos y en inflexiones se sucedían hasta romper su ímpetu en la tierra derrubida de los barrancos, ó extender sus encajes risueños en la arenosa y bruñida playa.

Allá, á la otra orilla, se escuchaba el gó... ó... ó... quejumbroso del rancheño que sacaba el ganado del corral, y distintamente llegaba el bramar de los toros, el mugir de las vacas y el berrear de los becerros, anunciando la hora en que acababa la ordeña; el monte oscuro se vislumbraba por el simultáneo parpadeo fosforescente de las luciérnegas que en giros locos, en mudanzas rápidas y en desmayos pasajeros salpicaban el bosque; más arriba, las luces tempranas de los ranchos, acusaban el madrugár de sus moradores, y las flamas puntiagu-